

Comentarios liberales

LIBERALIZAR LA BANCA

ME produce repelús el discurso que se lee y se oye en estos días acerca de los Bancos y los tipos de interés. Hay argumentos propios del corporativismo franquista; otros, del fascismo o del comunismo; otros, en fin, de corte medieval aunque siempre populares: la famosa condena de la usura, que fue una de las formas del antisemitismo durante siglos en Europa y que todavía en los años treinta encandilaba a Ezra Pound, acaso el mejor poeta en inglés del siglo XX. En sus «Cantos» hay abundantes pruebas de cómo la sensibilidad literaria puede coexistir con la más absoluta estupidez en materia política y económica, pero Pound pagó con largos años de cárcel en durísimas condiciones su apoyo al fascismo. Otros dicen las mismas tonterías de Pound y además nunca han escrito poemas como los de «Personae». Se limitan a reproducir los lugares comunes del discurso contra el dinero en la cultura occidental, que son abundantísimos.

El dinero no es, en sí, ni bueno ni malo. Es, simplemente, útil para vivir mejor. No obstante, aún quedan sociedades dedicadas a la cultura del trueque o que viven sobre el terreno. Así como ellas el adanista y verá lo que es vivir sin las asechanzas del vil metal. Siempre se ha dicho que el dinero todo lo puede, que es la fuerza maléfica que mueve al mundo y que nunca ha seducido tanto la voluntad de los hombres. Pero esa queja tiene cientos, miles de años. No puede ser que el dinero corrompa definitivamente a la Humanidad en cada generación. Tampoco en la nuestra, aunque el consumo nos lo permita creer así.

Pero el dinero puede funcionar mejor o peor, según los tiempos, las sociedades y los regímenes políticos. La nuestra es una de las mejores épocas en ese aspecto, pero no es igual en todos los países ni tampoco todas las sociedades tienen con el dinero la misma relación, algo más importante que el dinero mismo. España vive ahora un período de transición desde una visión arcaica del dinero hacia un manejo de él acorde con los nuevos tiempos.

Pero casi siempre las ideas van detrás de los acontecimientos y eso pasa con el precio del dinero y los intereses bancarios.



Lo más absurdo de todo lo que se dice contra la racaería de los bancos para bajar los tipos es que ganan mucho dinero. Hombre, lo propio de un negocio es ganar todo lo posible, y un Banco es un negocio que tiene el dinero como mercancía. Ahora bien, como en toda mercancía, el manejo del dinero está sometido al mercado. Si este año hay muchas patatas porque ha llovido a tiempo, los vendedores del tubérculo lo pondrán barato para compensar lo que a ellos les cuesta cada patata, que es menos que el año pasado y tal vez ganen lo mismo o incluso un poco más. El dinero tiene un precio fijado por el Banco de España en función de una serie de criterios económicos. Si a los Bancos les sale más barato, lo normal es que abaraten los créditos para quitarles clientes a los demás Bancos, como hacen ya las Cajas de Ahorros. Si no actúan así es porque la bajada del precio no es completa o no tiene garantías. O bien porque no hay realmente competencia bancaria sino oligopolio y prácticas de colusión.

El problema de la Banca española es que está poco acostumbrada a competir, no sólo por la permanente vigilancia del Poder político —que bajo el PSOE impulsó un demencial proceso de concentración— sino por la falta de educación en el capitalismo de los propios españoles. Luis Pineda, presidente de Ausbanc, asociación de usuarios, animaba el otro día en la radio a todo el mundo a revisar el precio de sus créditos, a visitar cuatro o cinco oficinas y luego elegir la que convenga. Si en vez de las declaraciones oscurantistas abundara esta iniciativa ciudadana, los Bancos se adelantarían a los clientes. Pero, como siempre, nuestro problema es el de la escasa liberalización y la competencia maniatada o trucada. Que haya más libertad bancaria, que funcione el mercado y la usura acabará siendo una referencia a los «Cantos» de Ezra Pound.

Federico JIMÉNEZ LOSANTOS

El Jardín de las Delicias

SONATA

LEGA el otoño, luminoso y frío... Vuelvo, siempre, a los mismos jardines del Luxemburgo, donde yo descubrí París, mis hijos aprendieron a andar, y don Pío Baroja soñó la historia del fin de todas las esperanzas de sus últimos románticos; la generación de españoles que buscaba en esta ciudad unas ilusiones con las que reconstruir España.

Ilusiones perdidas. La historia de don Pío comienza a una altura de la calle de Vaugirard donde Brigitte Hauck intentó iniciarme en los rudimentos de la lengua de Paul Celan, que se suicidó en el puente de Mirabeau, inmortalizado en una canción de Yves Montand que ya no está de moda. A unos pasos, todavía perdura el recuerdo pasajero de Josep Roth, que continúa siendo el autor de la mejor novela que se ha escrito nunca sobre la melancolía y fáustica caída del Imperio Austro-Húngaro, y vivió no lejos del domicilio donde los padres de Balthus y Pierre Klossowski recibían a Rilke, que inició los apuntes del joven Malte Laurids Brigge muy cerca del Panteón, donde

Clodoveo erigió la iglesia que, con el tiempo, dio a la Montaña de Sainte-Geneviève su condición de tierra sacra donde ha florecido y se recuerda con fasto toda la historia religiosa, política y cultural de la ciudad.

Don Pío instaló al primero de sus personajes en los arrabales de esa montaña, allí donde se cruza, todavía, la memoria de los insurrectos que soñaban la revolución libertaria de la Comuna, y una de las residencias terrenales de Verlaine; en el mismo edificio donde Hemingway soñaba que siempre le quedaría París, en la esquina de la plaza donde yo descubrí la gloria de las frondosas noches del trece al catorce de junio de cada año, y mis hijos comenzaron a caminar, en busca de sus primeros amigos.

Cuando don Pío hace caminar a sus héroes en busca de la gloria, los conduce por las callejas que descienden hacia el bulevar donde una meretriz de talento instaló hace años los reales de una casa de citas, frente

ZIGZAG

Reforma

Antonio García-Trevijano escribía ayer: «En estos oscuros momentos para la libertad de expresión, los demócratas presentes en los medios, mientras los toleren en ellos, deben acentuar la calidad y la intensidad del debate sobre esa cuestión primordial, oligarquía de partidos o democracia de ciudadanos, de la que depende la continuidad de la convivencia en la mentira o el paso a una forma superior de vida colectiva. Tras las amargas experiencias del siglo XX, a nadie le interesa discutir sobre tópicos sentimentales de palabras

que en abstracto no significan nada contemporáneo. La cuestión decisiva, y decisoria sobre la forma concreta de Estado y de Gobierno, está en saber si esta particular Monarquía juancarlista puede y quiere hacer las reformas que transformen la indeseable oligarquía de partidos en la deseada democracia: sistema electoral uninominal y mayoritario; elección directa y separada del presidente del Poder Ejecutivo a un solo mandato irrenovable; independencia de jueces y fiscales ante el Poder Ejecutivo y Legislativo.»

PUNTOS DE VENTA DE ABC EN ARGENTINA

BUENOS AIRES: Aeropuerto Internacional de Ezeiza; Corrientes y Maipú (edificio Entel); Florida y Cangallo; Florida y Corrientes (dos quioscos); Florida y Lavalle (dos quioscos); Florida y Tucumán; Florida y Viamonte (dos quioscos); Florida y Córdoba; Florida y Paraguay (dos quioscos); Florida y Charcas (dos quioscos); Automóvil Club - Belgrano; Aeropuerto Nacional J. Newbery; Corrientes y Maipú (Modart); San Martín y Sarmiento; Avda. de Mayo y Perú; Avda. de Mayo y Chacabuco; Avda. de Mayo y Tacuarí; Avda. de Mayo y Avda. 9 de Julio; Hotel Castelar; Rivadavia y Callao; Congreso Nacional; Plaza de los Misereres; Plaza de Constitución.